

# EL FÉNIX CARTAGINÉS.

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO,

ARTÍSTICO, DE ADMINISTRACION É INTERESES GENERALES.

DIRECTOR: D. FRANCISCO ARRONIZ Y THOMAS.

Año I.

Cartagena 6 de Abril de 1879.

Núm. 14.

## SUMARIO.

LAS LUCHAS DE LOS ÁTOMOS. por D. F. Munuera Arnaez.—LOS DOS CREPÚSCULOS. por D. Francisco Arróniz y Thómas.—POESÍA Á CONCEPCION DE ESTEVARENA. por D. Tomás de Briones.—NOVELA: LA TORRE-CIEGA, leyenda tradicional, por D. F. Arróniz y Thómas.—MOSAICO por Asdrúbal.

## LAS LUCHAS DE LOS ÁTOMOS.

El estudio de algunos fenómenos de la naturaleza engendra muchas veces en el espíritu la duda de si la ley universal de la atracción, descubierta por Newton, será, más bien que ley de amor impuesta á la materia, manifestación inequívoca de odio. Sucede, en efecto, que al contemplar, dentro del campo de las pequeñas atracciones, la impetuosidad con que los átomos de ciertos cuerpos se precipitan sobre los de otros para formar sus estrechísimos enlaces, nuestra inteligencia siéntese vivamente combatida por ideas contrarias, asaltada por enemigas razones, impelida por opuestos resortes y forzada, por último, á confesar que no le es posible decidir, si dichas entidades atómicas se unen químicamente porque se aman, ó porque el aborrecimiento les impulsa á destruirse en furioso abordaje.

Tal es lo que acontece, al estudiar el notable fenómeno de la *combustion*.

La naturaleza ha sido, en todo tiempo, muy pródiga para con nosotros en manifestaciones que embarguen y cautiven nuestro ánimo; pero difícilmente podríamos encontrar en ella, aunque pusiésemos mucho cuidado en su busca, nada tan admirable como una simple bujía encendida. La fusión entera y tranquila de la materia grasa; su ascen-

sion por entre las fibras de la mecha; su volatilización y descomposición; su magnífica explosión en llama; la delicada estructura de ésta; el aire que afluye por todas partes para alimentarla; su forma, su belleza, su brillo, su graciosa movilidad hacen de estas pequeñas estrellas del cielo del hogar el tipo favorito de los seres etéreos. Y, sin embargo, ¡cuán pocos son los que alguna vez les han dedicado una mínima parte de su atención!

Para unos ojos nada penetrantes, no acostumbrados á pasar jamás de la superficie de las cosas; para una mirada indiferente ó poco investigadora, en una vela que arde no hay más que lo que salta á la vista, es decir, un depósito de materia grasa que se funde, una mecha por donde aquella sube y se evapora y por encima de todo, agitando sus ardientes alas como un vampiro, un elemento voraz y destructor que necesita, para no extinguirse, chupar y consumir inagotables cantidades de líquido combustible.

¿Puede darse una explicación más sencilla de este hecho, ni que esté más al alcance de todo el mundo?

Para ciertas gentes, cuando frotamos una mezcla fosfórica sobre áspera superficie, no hacemos otra cosa que un milagro en pequeño. *Fiat lux*; decimos; y la luz se hace: ¿qué importa el cómo? Cúmplase el prodigio y déjese para los espíritus de la noche investigar lo oscuro de las luces, revolotear al rededor de las llamas y empeñarse en iluminar y prestar claridad á lo que no la necesita: ¿qué cosa hay, en efecto, más clara que la luz?

Sin embargo, podría objetarse, no todo lo brillante es claro; y nada tendría de extraño que aun allí mismo donde nuestros ojos se cierran cegados por radiantes fulgores y deslumbrados por espléndidos destellos, anduviera nuestra alma á tientas envuelta en negras sombras y sumergida en abismos de tangible oscuridad.

Todo el que se dedica al estudio de las ciencias físicas sabe hoy que los más notables fenómenos que la naturaleza, soia ó excitada por la mano del hombre, produce á cada paso, son pura y